

Procuremos pues, hermanos é hijos nuestros, aprovechar estas gracias extraordinarias que nos proporciona la Misericordia del Señor nuestro Dios, con cuya autoridad os damos la bendición Pastoral, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Esta nuestra carta se leerá en todas las Iglesias y Capillas de la Diócesis el primer domingo despues de recibida, omitiendo la lectura de las dos Encíclicas, pero fijando todo en la puerta de las Iglesias, á fin de que los fieles puedan leerlas cuando quieran.

Dada en nuestra casa Episcopal de Querétaro el dia 25 de Febrero de 1886.

† RAFAEL, Obispo de Querétaro.

POR MANDATO DE S. S. I.

*Lic. Mateo Borja y Ferrer*  
OFICIAL MAYOR.

## ORACION FÚNEBRE

QUE

EN LAS HONRAS DEL SR. MARQUES DE LA VILLA  
DEL VILLAR DEL AGUILA,

DON JUAN ANTONIO URRUTIA Y ARANA,

DISPUESTAS

Por el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis,

DR. DON RAFAEL S. CAMACHO,

PRONUNCIÓ EL PBR.

**Braulio M. Guerra**

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL EL 26 DE AGOSTO DE 1887.



QUERÉTARO.  
TIPOGRAFÍA DE GONZALEZ Y COMPAÑÍA:  
Santa Clara número 2.

1887.

EX LIBRIS



JOSE RODRIGUEZ  
FAMILIAR

GOBIERNO ECLESIASTICO

DE

QUERETARO.

Habiendo leído la presente Oracion fúnebre del Sr. Marqués de la Villa del Villar del Aguila, formada por el Sr. Pbro. D. Braulio M. Guerra, concedemos nuestra licencia para que se imprima y circule entre los fieles.

Dado en Querétaro, á 5 de Agosto de 1887.

✠ EL OBISPO DE QUERÉTARO.

Por mandato de S. S. I.,  
*Presbítero Manuel Rivera,*  
Pro-Secretario.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## EX LIBRIS

# DEDICATORIA.

ILLMO. SR. DR. D. RAFAEL S. CAMACHO, DIGNÍSIMO OBISPO  
DIOCESANO.

*Mi muy amado y respetable Prelado:*

*Gustoso acepté el encargo con que V. S. I. me señaló, de pronunciar la Oración fúnebre del Sr. Marqués de la Villa del Villar del Aguila.*

*¿A quién, sino V. S. I. debo consagrar este humilde trabajo literario?*

*A V. S. I., pues, lo dedico con todo mi corazón filial, como un homenaje respetuoso á mi Padre y como un tributo debido al empeñoso afán con que V. S. I. adquirió las importantes noticias relativas al ilustre, al inolvidable benefactor de Querétaro, para dejar grabado su nombre querido en todos los corazones queretanos.*

*Quiera Dios que este trabajo sea del agrado de V. S. I. Dignese pues, V. S. I. bendecirlo, como una muestra de su benevolencia hacia*

*Su humilde y obediente súbdito Q. B. S. M.*

*Pbro. Braulio M. Guerra*



UNIVERSIDAD DE QUERÉTARO

*Stabilita sunt bona illius in Domino, et elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.*

Asegurados están sus bienes en el Señor, y toda la Iglesia de los santos celebrará sus limosnas.

ECCLII, XXXI, 11.

Illmo. Señor:

¡A memoria de los hombres ilustres pasa llena de bendiciones á la posteridad: no se sépulta con ellos, sino que del mármol frío que cubre su tumba, salen los elogios, que atraviesan los siglos. Estos, á manera de fantasma fugaz, pasan llevando tras sí en su rápida marcha generaciones y mas generaciones, que se ocultan al fin en la fosa que abren á su paso, y dejan á sus pósteros las bendiciones del nombre ilustre, que á manera de grato perfume se exhalese del fondo mismo de su sepulcro.

No es esta, por cierto, la acción del tiempo, Sres. Su helada mano envejece y enfría y mata todo lo que toca, y se opone á su marcha: es una sombra transitoria, caprichosa y voluble, que nada deja sobre la fosa de los hombres, mas que un puñado de tierra, ó á lo mas, una inerte lápida, sobre la cual está esculpido,

quizá, algún epígrama, que compendie la historia toda de unos años queridos, para sus aflijidos descendientes, y sobre la cual pasará una generación nueva pisoteando ese nombre y borrando las huellas que en ella se encontrasen grabadas.

Todo pasa, Sres: el tiempo se escapa veloz huyendo de nuestros ojos.

¿Será posible, pues, hablar de glorias en el borde de un sepulcro? ¿Encontraremos quizá sobre él algunos trofeos que le sobrevivan, y anuncien al viajero grandezas que bendigan la historia de un hombre?

Ya lo veis. En ese catafalco que contempláis se ostentan fúnebres galas, tristes despojos, los cuales patentizan el triunfo de la muerte.

Pero... oh!... Ella no arrebató la vida de los hombres, sino en cumplimiento de la inexorable y fatal sentencia del Eden. Así, pues, ese triunfo no es de la muerte, sino de Dios.

Por eso es que con la Iglesia Católica doblamos la rodilla en su presencia santa, porque es el Rey inmortal de los siglos, Rey para quien todo vive *Regem cui omnia vivunt venite adoremus*. Por eso Ella, fiel depositaria de la enseñanza divina, coloca sobre esa tumba el signo sagrado de nuestra Redención, por el cual triunfó de la muerte el Soberano Autor de la vida. He aquí, Sres., el elemento que vence á la muerte. Alzase magestuosa esa Cruz, símbolo magnífico de la Religión, precioso compendio del Evangelio, porque el alma se eleva á las alturas y vive allí inmortal, donde Dios habita, cuando es amada de Dios y de los hombres; triunfa así en el seno del Eterno, reposando aquí en la tierra su memoria, llena de las bendiciones de Dios, el cual se encarga de hacerla marchar bendita entre mil generaciones, escribiendo su nombre en el Libro de los escogidos. Así vive inmortal reposando sobre la bendición de siglos y posteridades, como se alza á los cielos esa Cruz sobre los restos del hombre. *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.*

Bendito sea Dios, Sres., porque nacemos en el seno de la Iglesia Católica, en cuyo regazo maternal se mece nuestra cuna. Apenas se abren por primera vez nuestros ojos á la luz del mundo, ya se nos presenta ella regando nuestra cabeza con las misteriosas aguas de un Sacramento que nos regenera, y nos hace nacer para Dios. A su lado crecemos, y ella cuida de nutrirnos entonces con un prodigioso pan, que nos robustece para marchar en la escabrosa senda del tiempo. Viene despues amorosa como nunca, y cierra nuestros ojos al sueño de la muerte, alimentando nuestras almas, para el tránsito á la eternidad, con la

carne del mismo Dios. Vela por último cariñosa, con la adorable Cruz en su mano, sobre la funeraria losa que guarda nuestros últimos despojos. Allí implanta ese bendito símbolo de la victoria de Jesucristo sobre la muerte, y habla una á una á las generaciones, que van pasando, y les encarga pronunciar con gratitud nuestro nombre, y bendecir nuestra memoria, cuando hemos sido los amigos de Dios y de la humanidad. Así engrandece nuestro nombre, y le hace sobrevivir, como esa Cruz, á todas las edades.

He aquí los trofeos, estas son las glorias que sobre esa tumba encuentro. El tiempo ha respetado esa memoria ilustre, ha pronunciado con gratitud ese nombre, y lo ha traído lleno de bendición hasta nosotros.

En este punto me coloco, Sres., para encomiar muy justamente la memoria del Sr. D. Juan Antonio Urrutia y Arana, Caballero de la Orden de Alcántara, y Marqués de la Villa del Villar del Aguila.

Hijos de Querétaro! Viajeros del tiempo! Pasad cerca de esa tumba, delante de la cual han desfilado ya en mas de una centuria diversas generaciones. Inclinaos ante ella vuestra respetuosa frente; que os habla desde allí la Iglesia Católica, madre tierna, que vela sobre esos despojos yertos: os dice que el hombre que allí descansa en el silencio del sepulcro, fué de alma noble, amigo de Dios y de los hombres: que bendigamos una y cien veces su memoria, porque supo asegurar sus tesoros en el Señor, y por eso la Iglesia de los santos, sentada sobre su sepulcro, aplaude sus limosnas, y pronuncia su nombre con la bendición del Altísimo. *Stabilita sunt bona illius in Domino*..... Depositemos, pues, nuestra flor sobre esa tumba, que gracias á Dios, encierra una grata memoria. Ella es el fúnebre elogio que el Libro del Eclesiástico me proporciona hacer del ilustre Marques, en nombre de la Iglesia Queretana.

Mas antes arrodillémonos ante esa Cruz Santa y adoremos al Rey para quien todo vive.

*Regem cui omnia vivunt venite adoremus.*

La Iglesia Católica ha tenido siempre numerosos contradictores y adversarios. Ellos y no otros son los que han contribuido, sin pensarlo siquiera, á los triunfos espléndidos, que ha venido reportando en todos los siglos, colocando á la verdad en el magestuoso y eminente lugar que le corresponde. El imperio con sus crueles suplicios, la filosofía con sus errores halagüeños y va-

riados han sido verdaderamente los creadores de la escuela de mártires y de doctores, los cuales han elevado al Catolicismo al supremo ápice del poder y esplendor que ha venido desplegando en diez y nueve siglos.

Cuando contemplamos esos genios que el mundo aplaude y coloca en la celsitud del honor, los vemos, Sres., á su paso por el tiempo cruzar la vida humana en medio de las alabanzas y el incienso de la adulacion, rodeados incesantemente de mil seguidores que fijan en ellos sus miradas y el afecto de su corazon; bajan al sepulcro llevando consigo las lágrimas de esos dolientes que de su proteccion vivian, y van, cuando mas, á colocar una flor sobre su túmulo y á discurrir sobre sus recuerdos.

No es esta la estimacion que de las grandezas hace la Iglesia Católica, ni son estos los genios que apellida el Evangelio. Si hoy vemos estos muros santos vestidos de luto y de dolor, trocando en ello sus festivas galas, es con el fin de adoctrinarnos citando al mundo para que venga á estudiar aquí ante ese fúnebre monumento su origen, sus leyes y su verdadero destino: si nuestros ojos se sorprenden de contemplar hoy un catafalco en el templo del Dios vivo, oprimiendo el pavimento sagrado, es para decirnos que un hijo suyo descansa en su seno y poniendo sus piés sobre el sepulcro mismo, se eleva hasta el cielo con las miradas de la esperanza cristiana, porque solo la Iglesia, Señores, tiene el poder de arrancar al tiempo un elemento que no le pertenece á este, sacando del fondo mismo de su tumba una joya riquísima que no es del polvo, la virtud; sí, la virtud, precioso recurso mas que el oro y la pedrería del oriente; la virtud sobrevive, sale triunfante del sepulcro, no pertenece al polvo, ni es de la corrupcion, es inmortal, y se eleva sobre el túmulo para vivificar los recuerdos y derramar la bendicion y el grato perfume sobre la memoria del hombre. Así es como el Catolicismo estima y aprecia las grandezas, cuya base, cuyo fundamento es la virtud. Ella es la perla exquisita que recoge de los sepulcros mismos; porque ella es un espléndido triunfo suyo.

El mundo no valoriza sino el poder, las riquezas y las glorias fantásticas. La Iglesia, á su vez, estima tambien en el hombre los mismos elementos de la tierra, es verdad; pero es para presentarlos delante de nosotros en sus dos importantes fases: la una hácia el sepulcro, la otra hácia los cielos. Con las riquezas y el poder adquiere el hombre, Señores, la tierra misma, y puede tambien conquistarse con ellas el cielo, empleándolas en santas obras: por eso presentan una faz hácia la corrupcion, y la otra á la inmortalidad. Esta última es la que bendice el nombre de este ilustre cristiano cuya memoria nos reúne en la casa de Dios, pa-

ra quien todo vive, porque él fué un hombre poderoso que fué encontrado sin mancha: *Beatus dives qui inventus est sine macula*: que no se dejó cautivar por el brillo del oro ni puso su esperanza en la riqueza y en los tesoros *et qui post aurum non ábit nec speravit in pecunia et thesauris*.

He aquí el aspecto bendito del oro, que se dirige al cielo y se convierte en grandeza incorruptible, inmortal y positiva.

Señores: he sido llamado por una voz como la de Dios para elogiar la memoria bendita de un hombre cristiano, que mereció bien de la Iglesia y de la sociedad de Querétaro. De la una, porque aleccionado por la caridad cristiana, hijo ferviente del Catolicismo, no fué servidor de los tesoros terrestres, y en santas limosnas repartió sus caudales: de la otra, porque esos beneficios trascienden, Señores, y su grata influencia, perfuma y embriaga dulcemente á todo corazon que sabe sentir. ¿Qué ocasion, pues, mas lisonjera pudiera yo apetecer para pagar este justo tributo á su memoria?

Mas acá de esos anchurosos mares que van á perder sus aguas en el Oriente, lamiendo las costas de Francia y España, se encontraba un mundo desconocido hace tres y medio siglos, y hácia el cual lanzó sus naves la floreciente y católica Iberia. Al penetrar á la tierra de Anáhuac se libraron numerosos combates en que quedaban vencedoras las armas españolas. Es ocupada por ellas la gran Tenoxtitlan, y posteriormente nuestra Ciudad de Querétaro, precediendo una batalla rara y de singular historia. Encontrábase allí en union de othomies y chichimecas D. Fernando de Tapia, cacique noble, que habia hecho ya las paces con Cortés y sus legiones, y que tomara ese nombre seguramente, al recibir las aguas del Bautismo, en honor del Jefe español.

Las densas sombras del pasado impiden al historiador decirnos el origen de nuestra Ciudad, que se pierde en esa negra niebla. A la mitad del siglo XV era ya la habitación de los othomies, indígenas, que formaban alianza con la república de los Tlaxcaltecas para oponerse á los mejicanos con quienes estaban siempre en hostilidades. Sus talentos militares, su valor, su industria y civilizacion los colocaban sobre los otros pueblos y naciones de indígenas, y fueron aprovechados por su capitan general Xicotencatl para la valerosa y hábil resistencia que, segun la historia, opusieron á las armas españolas en Tlaxcala. Raza de hombres aguerridos tenian constante enemistad con el Imperio de Moctezuma 1º al cual tuvieron que someterse, al fin.

La gran sorpresa que la novedad de las armas Europeas les causó, los llenó de espanto y los redujo á habitar en las montañas, en las cavernas, con el fin de librarse del fragor y del es-